



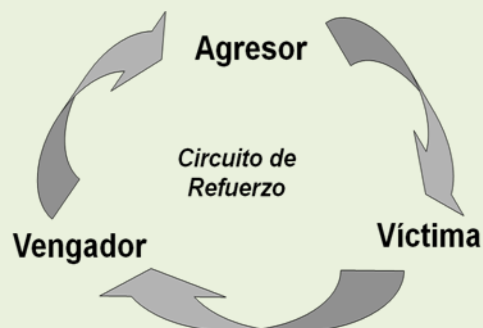
¿Quién tiene la Razón?

Entendiendo el “círculo de la violencia”

Por Leticia Mendoza Abascal

Es muy común actualmente hablar sobre pluralidad, respeto a la diversidad, aceptación de las diferencias y otras expresiones como esas. Sin embargo, diariamente escuchamos historias y casos que manifiestan posiciones polarizadas en conflicto, en donde cada una de las partes considera su posición como la correcta. A medida que se buscan argumentos para sostener dicha postura, las tensiones aumentan, la comunicación se estanca y la brecha entre las partes se hace más grande. No es extraño, entonces, que el conflicto se “escale”. La desconfianza, los malentendidos, los chismes, las agresiones mutuas, las evasiones, etc. pueden hacerlo cada vez más grande y más difícil de solucionar.

En el afán por defender su posición, la parte con mayor poder--influencia, rango, privilegio de cualquier tipo—“gana la contienda”, imponiendo su visión, su postura o su manera de hacer las cosas, enarbolando la defensa de lo correcto, de la verdad; o simplemente sintiendo que “así tenía que ser”. Cuando esto sucede, la parte con menos poder se queda con una sensación de pérdida, con sentimientos de impotencia, rencor o enojo. La relación se desgasta o se rompe. Se acrecientan las hostilidades e incluso se buscan las coaliciones que apoyen y justifiquen “la revancha”. Así se genera lo que llamamos el “círculo de la violencia”. Lo que cambia entonces, es la posición del que “gana”, impone, manipula o utiliza cualquier forma de poder para prevalecer.

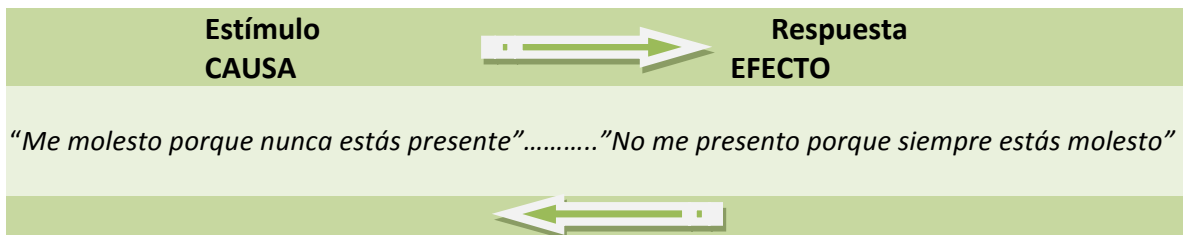


El asunto se convierte, entonces, en una lucha por el poder, que nos atrapa en el círculo vicioso de ataque-defensa y que en muchas ocasiones va destruyendo el núcleo de nuestras relaciones. Sólo es cuestión de tiempo. Lo curioso, o más bien, lo preocupante es que la mayor parte de las veces no reconocemos la forma abusiva en que usamos nuestro poder y nuestros privilegios, ni nuestra responsabilidad en la escalada del conflicto. Esta inconsciencia perpetúa el ciclo. Así que no importa quién gane o quién pierda, cuando el conflicto no se aprovecha para transformar, integrar y generar una nueva realidad, a la larga todos perdemos.



Importancia de la perspectiva sistémica.

Nuestra manera de entender al mundo y lo que nos ocurre, esta fuertemente influenciada por una perspectiva lineal, fundamentada básicamente en la lógica racional de “causa-efecto”. Esta perspectiva se ha convertido en una opción automática que limita nuestra percepción para comprender la complejidad de los sistemas en los que vivimos. Es útil y válida para movernos en el mundo espacio-temporal de todos los días; sin embargo, no nos ayuda mucho a entender cómo nos relacionamos, interconectamos y afectamos en formas que incluso no son perceptibles o lógicas.



Nuestro pensamiento “quita la causa y evitarás el problema”; castiga a los culpables, aísla a los agitadores y se acabará la violencia, etc. no ha probado ser muy efectiva. Los problemas se reciclan y toman fuerza, o buscan otras salidas compensatorias, igual de problemáticas; y puede que su efecto se retrase o pase a otra parte del sistema.

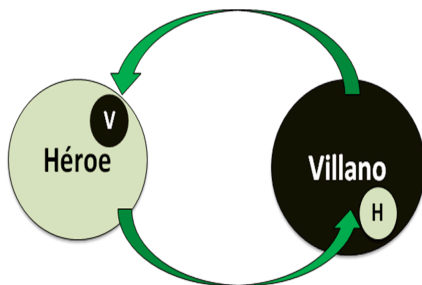
En los sistemas humanos digamos que un ejemplo muy claro de esto es nuestra tendencia a buscar “culpables”: “quién causó qué”, que parte “tiene la culpa”, quien o quiénes son los responsables. Se busca resolver los problemas identificando “la causa” para así eliminarla, cambiarla, suprimirla. Por eso cuando no encontramos a los “culpables” buscamos “chivos expiatorios”. Desde esta perspectiva “causal” hay un solo lado de responsabilidad, no se consideran los continuos flujos recíprocos de influencia o circuitos de retroalimentación. En cambio, desde la perspectiva sistémica, todos comparten la responsabilidad por los problemas generados en un sistema.

La perspectiva sistémica nos ayuda a comprender por ejemplo lo que sucede en las relaciones de violencia y opresión. Es muy fácil olvidar que formamos parte del sistema y su circuito de refuerzo o compensación y sólo nos vemos reflejadas en la parte de la víctima. De esta manera, la agresividad de la venganza se justifica y la violencia se perpetúa o se escala. Si miramos la historia, podemos identificar patrones que se repiten, ciclos en donde el poder se mueve “de la tiranía del opresor a la tiranía del oprimido”.

¿Qué hacer para detener este círculo vicioso de la violencia? La clave está en desapegarnos de nuestra necesidad de “tener la razón”. Comprender nuestro sentido de interconexión. Reconocer que la víctima y el agresor están al mismo tiempo dentro de nosotros-as; que también son roles que todos-as podemos ocupar en un momento o en determinadas circunstancias.



Esto se oye aberrante e inaceptable cuando “el agresor” es un asesino, o violador, o terrorista, o un dictador tirano. Nadie quiere ser identificado con ese rol. Algunas personas no podemos ni siquiera pensarlo... “yo... ¡jamás!”, “¡nunca sería capaz de...” regresamos a defender ser parte del “bando bueno”, de las “buenas conciencias” que tienen “la verdad”. Parecería que hay un abismo que separa al “santo” del “pecador”, al “héroe” del “villano”, a las personas “buenas” de las “malas”. Es difícil identificar en nosotros-as los aspectos negativos que rechazamos y adjudicamos al adversario. Pero es precisamente ahí donde está la posibilidad de transformación. Si somos capaces de identificarnos en ambos “bandos”, en ambos “personajes” para comprender sus motivos, sus necesidades, sus expectativas, sus miedos y anhelos...existe entonces la esperanza de romper con el círculo de la violencia.



En el héroe hay algo de villano. En el villano hay algo de héroe. Igual que en el agresor hay algo de víctima y en la víctima hay algo de agresor.

A pesar de ser dos partes “opuestas” en el fondo comparten la misma energía. Una vez que ambos se conocen, se escuchan, se disuelven naturalmente las diferencias.

Sin embargo, para poder hacerlo, no basta con entender la perspectiva sistémica de manera racional, o confiar en nuestro “buen juicio” y “sentido común”. Ante lo distinto, distante y extraño, nos sentimos amenazados. Vemos a la otra parte como “enemiga”, reaccionamos con confusión y miedo, se disparan nuestras reacciones de ataque-defensa. En medio de posiciones polarizadas, ya sea dentro de nosotros-as o en nuestras relaciones, parece que las habilidades que hemos aprendido para comunicarnos, negociar y resolver desacuerdos no son suficientes.

Necesitamos entrenar otro tipo de habilidades y desarrollar “un estado de conciencia” que nos permita movernos no sólo en la realidad concreta y cotidiana, en donde “yo soy yo” y “tú eres tú”, sino también en otra dimensión en donde lo que yo noto en ti, también está en mí; en donde las distinciones y las categorías que nos separan desaparecen; en donde nada ni nadie está ajeno a mí, porque es parte de mí. En donde percibo que soy más que “la suma de mis partes” y me conecto con una inteligencia que esta fuera de los límites espacio-temporales de mis capacidades cerebrales.

Desde la perspectiva centrada en procesos (Processwork) esta especie de “inteligencia universal” está en todas las personas y es posible acceder a ella entrenando nuestra “alertancia” (estado de alerta + toma de conciencia) para descubrir la sabiduría natural que reside en el propio sistema para equilibrarse. Es como acceder a un segundo entrenamiento que nos permite “notar lo que no notamos”. Entonces es posible aprovechar el conflicto para generar movimiento, transformación y crecimiento.